

PINTURA CONTEMPORÁNEA DE CAMPECHE

Dafne Cruz Porchini*

El Instituto de Cultura de Campeche resguarda una colección de obras de artistas jóvenes originarios de esa entidad. Su objetivo es preservar, impulsar y difundir la cultura visual en el estado, ofreciendo al mismo tiempo un estímulo y vigor a las artes plásticas. De este modo –y más allá de la continuidad de la tradición pictórica iniciada por el campechano Joaquín Clausell–, los artistas de ese acervo se caracterizan por una heterogeneidad estilística y el seguimiento de las corrientes pictóricas más variadas, pero manteniendo siempre un carácter individual perfilado y diferentes tipos de sensibilidades ante la pintura.

Existen dos claras vertientes entre los artistas campechanos. En primer lugar, están los pintores formados dentro de una disciplina académica –algunos, incluso, realizaron estudios en La Esmeralda–, entre los que se presenta, como una constante, el regreso y la adhesión al lugar de origen; por otro lado se encuentran los que se inclinan más por la práctica autodidacta de la pintura. En resumen, si hay un punto de unión entre las dos categorías de artistas éste es precisamente su espíritu y goce ante la experimentación, la cual corre de manera paralela al cultivo de las técnicas, los géneros y el respeto por los formatos y soportes tradicionales. De este modo, en el trabajo plástico general, varios pintores optan por las representaciones de diferentes aspectos de la cultura del sureste –Leydi Díaz, Paulino Medina– mientras que otros se dedican a la construcción de un lenguaje simbólico y pictórico propio, como Olga Dondé, Carlos Novelo, Lina Lanz y Emanuel Segovia.

Cabe señalar que es predominante la fuerza de la tendencia figurativa, si bien el acercamiento a la abstracción es un tanto tímido, pero abierto a la investigación plástica, que a la vez se traduce en nuevas propuestas.

Este panorama no está reñido con lo expuesto alguna vez por Jorge Alberto Manrique: los artistas en tránsito (1980-1995) es una generación “que está marcada por un signo que considero sustancial: el de la recuperación de la imagen y del objeto artístico [...] se le concede nuevamente a éste un valor propio y un derecho a la existencia”.¹ Así, los creadores campechanos intensifican un realismo que fortalece un mundo material, que transcurre entre la unión de mito e historia y la crónica de lo cotidiano, para llegar a una pintura afortunada regida por explosiones de color, movimiento, formas, órdenes simétricos, colores cálidos, utilización libre de texturas, trazos desenvueltos y, muchas veces, una fluidez en el manejo de la superficie pictórica. Al mismo tiempo, estos artistas externan en sus diversos elementos visuales un permanente redescubrimiento y experimentación en los materiales, el dibujo y el potencial mismo de la pintura.

Sobresale en el panorama artístico campechano Lina Lanz (1975). Pintora sólida, dibuja con refinamiento y posee un peculiar dominio en el manejo de la materia pictórica. Transita sin dificultad alguna entre el carbón, el pastel y el óleo, donde el trazo y la estructura dibujística revelan una riqueza de posibilidades formales. De este modo, Lanz logra una articulación única entre figuras, símbolos y volúmenes en claroscuro, donde el principal recurso temático es la investigación plástica de un cuerpo fragmentado y su mensaje. Así, aparecen personajes andróginos, a veces fantasmales, torsos masculi-

* Pasante de la maestría en Historia del Arte de la UNAM. Investigadora del Museo Nacional de Arte, entre sus publicaciones destaca *Jesús Guerrero Galván*, libro editado por Conaculta, dentro de la colección Círculo de Arte



Lina Lanz, sin título, 1998, pastel sobre papel

Por su parte, Karl Ayala, que cursó estudios de diseño gráfico, establece una correspondencia formal con la advocación mariana en su obra *La Virgen*. De carácter profano y como parte del imaginario popular, Ayala resignifica esta imagen para dejar que el espectador haga su propia interpretación. Con el dibujo y el color bien perfilados, a lo que se añaden algunos elementos identificables como el manto, el artista muestra una particular capacidad inventiva: la imagen no tiene los ojos entrecerrados, sino que observa directamente al espectador a través de una forma ojival y nosotros, a la vez, la contemplamos: de esta manera se estable-

nos y mujeres-venus cuya línea de sensualidad y sinuosidad al cuerpo, mientras que los rostros protagonistas se niegan a encarar una realidad que se presume dolorosa. La contundencia de las formas anatómicas y el trabajo con base en una cuidada trasposición de líneas y manchas marcan espacios de tensión en su obra, emoción contenida que determina gran parte de su desarrollo plástico. En otras composiciones, la artista no necesita más colores para conseguir una expresión acabada; por tal razón utiliza conjunciones atrevidas entre el rojo y el naranja que van de la mano y se reconcilian con la línea en la superficie. En sus obras, Lina Lanz afirma el oficio y la tradición clasicista a través de la reflexión de un humanismo que ha puesto de relieve las diversas modalidades de corte figurativo.



Karl Ayala, *La Virgen*, s.f., técnica mixta



Luis Carlos Hurtado, sin título, s. f., óleo sobre papel

ce un contacto visual recíproco. El cuadro parece provocativo y en medio de este juego de miradas la imagen trasciende el ámbito sagrado y se vuelve familiar.

Otro artista sobresaliente es Luis Carlos Hurtado. En este probable autorretrato, atraído por la figura inexorable de la muerte, hay una muestra del camino de *la pintura por la pintura*. Acompaña sus soluciones compositivas de un color intenso y luminoso que nunca escatima. La pincelada recorre y determina de manera natural los límites dentro del cuadro. Asimismo, las líneas y los gruesos empastes rojizos dejan adivinar una vena expresionista.

Eduardo Serrano hace una mezcla sutil entre los elementos gráficos y pictóricos. Esta obra, realizada a manera de estampa, se caracteriza por la disposición especial de las figuras en medio de un dina-



Paulino Medina, sin título, 1999

mismo inquietante. Los seres imaginarios irrumpen en medio de un ambiente onírico que se hermana con varios rasgos fantásticos de inspiración chagalliana. En el nivel estrictamente formal, el cromatismo se presenta violento pero no innecesario.

Martín Uco Cuenca, que fue comisionado para la ejecución de los murales en la recién creada biblioteca pública del estado, hace una evocación de costumbres de la región como la llamada "noche de los pulperos". En este paisaje nocturno, Cuenca respeta la aplicación de los focos de luz y la división



Carlos Novelo, 1985

Eduardo Serrano, s.f., técnica mixta



pictórica en dos planos, mientras que una pincelada puntillista favorece ópticamente el fondo. La factura es sencilla, en forma deliberada, y el espectador queda atrapado por una abierta sugerencia romántica de la idea y concepción del paisaje.

De esta manera, el panorama actual de la pintura de Campeche nos ofrece una enorme gama de diferentes estilos que empiezan a ser definidos, donde destaca la reinserción del objeto, inseparable de la naturaleza humana.

Enhorabuena por esta iniciativa del Instituto de Cultura, que busca conservar el patrimonio artístico del estado de Campeche, al mismo tiempo que promueve a sus pintores en el ámbito nacional.



Emanuel Segovia, 1985



Martín Uco Cuenca, *La noche de los pulperos*, s.f., óleo sobre tela

Jorge Alberto Manrique, "Artista en tránsito 1980-1995", en J. A. Manrique, *Una visión del arte y de la historia*, t. IV, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2001, pág. 190.